

A la sombra del patriarca

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Claro, Walt Whitman está ahora más vivo que nunca. Más vivo, incluso, que cuando estaba corporalmente vivo sobre la tierra. Y el secreto radica en que toda la obra del creador de **Hojas de hierba** no es otra cosa que una jadeante trabazón glandular. Una poesía con epidermis, con vísceras, con sentidos, con resuello y con alma. Esa poesía se acerca a nosotros caminando como un grande animal. Masticando o cantando, sollozando o eyaculando. Siempre fiel a su insobornable deseo de estar aquí, de ser de aquí, de no recibir hospedaje y alimento sino de la tierra. Antes la poesía era angelismo disfrazado. El retórico miraba un algodonal, por ejemplo, y enseguida, por una especie de comodidad interpretativa, pensaba en el cielo y trataba de meternos el cielo en la sesera. Whitman, ni remotamente, pregunta por el cielo. Incluso no tiene noticias de él. Sabe, eso sí, a fondo, de esta corteza recia, de estos vahos, de estas siembras, de estas vastas ciudades donde el hombre se pudre en cuartos olorosos a sexo, a enfermedades, a esperanza y a crimen.

De él parte toda la gran poesía de nuestro tiempo. Sin él —sin su tenacidad y su batalla, sin su valentía, sin el esplendor de su mirada— todavía andaríamos a tientas. Y seríamos ciegos. Escuchemos esas duras sinfonías de Eliot, de Pound o de Neruda. No hay temor en el empleo de los cobres, en la cruda percusión, en el arrebató de los oboes. Todos los elementos, absolutamente todos los elementos, confluyen con idéntica jerarquía a la vitalidad del poema. El hombre, por fin liberado, puede escuchar el timbre y la significación de todo lo que es y de todo lo que lo rodea. Y encuentra que él, únicamente él, es el tema superior y el orden único que buscaba la poesía. De ahí la dignidad alcanzada por la presencia. De allí el deslumbramiento del objeto. De allí el furor expedicionario a lo profundo del continente subjetivo. Nada es pequeño ni despreciable. Nada puede rezagarse. La poesía nos ha puesto a oler, sentir y adivinar de verdad. Nos ha redimido.

Todo lo señala Whitman con su dedo cargado de una tensión que entraña la más alta fidelidad: el viento que golpea la rama contra la ventana de la casa, los retratos que parpadean en la noche, la casaca de un pariente en un funeral, el saltito del pájaro en la yerba cuando las

hojas se pulen con el brillo de agosto. Y las muchachas, de ojos grandes y húmedos, que cantan viejas canciones, sentadas en las escaleras de los porches. Y nos señala la piragua que flota en el río y la nube que sigue al tren y la forma en que tiemblan en el crepúsculo las luces de un pueblo. Whitman es tan grande, que el muchacho de blu-jeans que masca chicle en la penumbra del cinematógrafo y el boxeador con las orejas de coliflor y la muchachita con cola de caballo que tiene mirada de ardilla, ya olvidaron que son sus hijos, sus hijos legítimos. Porque sin él —sin su paso por aquí, sin el júbilo que ascendía de sus testículos cuando miraba un valle, sin su forma de saludar, sin el sonido que dejaron sus botas y sus muelas— la vida sería otra y serían otras las canciones y otro sería el zumbido y el apetito de nuestro corazón.

Whitman es de esos hombres que conjugan el pasado y prefiguran el porvenir. Es el legislador. El que un día se sienta en el comedor y nos dice: "El mundo no está acabado de hacer. Todo esto es oscuro y trabajoso. Pero hay que terminar la tarea". Eso nos dice simplemente. Pero con esas palabras, con esas palabras directas y coloquiales, perdonamos todo el horror, la inocencia y la agonía de la tierra. Y nos sentimos alegres y sabemos que la tarea es hermosa y nos disponemos a cumplirla. Y ese optimismo, que aviva el ser y nos condiciona para resistir, se lo debemos a él, a él exclusivamente. Porque no es a la democracia, entendida como un experimento más de convivencia, a la que canta el ilustre abuelo. El procura un acuerdo del hombre individual con sus atributos adámicos. Por eso descarta toda mentira paradisiaca. Por eso no se cansa de repetirnos que es aquí —entre las piedras y la yerba y el agua y la madera y el sudor y la temperatura de la tierra— donde tenemos que hacer nuestro oficio. Y hacerlo lo mejor posible. Toda su poesía, por ello mismo, es un acto de infinita compasión. Sabe que la tristeza se ha hospedado por siempre en nuestro corazón. Conoce nuestro desánimo y nuestra lágrima secreta. Sabe que hemos perdido la esperanza. Por eso lo oímos caminar entre los maizales. Oímos sus botas de labrador pisando las chamizas. Cuando llega y pone su mano en nuestro hombro ya no nos interesa analizar las palabras con que nos entrega su amor. Nos interesa su amor mismo, la recia ternura que sube hasta sus ojos. Nos interesa esa forma que tiene de recordarnos que estamos vivos. Entonces nos paramos y vemos las lámparas. Entonces arreglamos un poco nuestros cabellos, nos terciamos el saco sobre el hombro y volvemos a caminar.